

Expectativas políticas y esperanza cristiana





FELIPE
WIDOW
LIRA

FELIPE WIDOW LIRA

Profesor de Filosofía del Derecho en la Pontificia Universidad Católica de Chile.



¡Oh, qué felicidad podríamos gozar si los individuos, las familias y las sociedades se dejaran gobernar por Cristo! Entonces, verdaderamente —diremos con las mismas palabras que nuestro predecesor León XIII dirigió hace veinticinco años a todos los obispos del orbe católico—, se podrán curar tantas heridas, todo derecho recobrará su vigor antiguo, volverán los bienes de la paz, caerán de las manos las espadas y las armas, cuando todos acepten de buena voluntad el imperio de Cristo, cuando le obedezcan, cuando toda lengua proclame que Nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre.

(Pío XI, Quas primas n° 19)

45

Al momento de instituir la fiesta de Cristo Rey, en 1925, el papa Pío XI hace este anuncio de la felicidad que podremos alcanzar, individual y colectivamente, si nos dejamos gobernar por Cristo: «Se podrán curar tantas heridas, todo derecho recobrará su vigor antiguo, volverán los bienes de la paz, caerán de las manos las espadas y las armas». ¿Qué es esto? ¿La expectativa de un hecho futuro que va a resolver todos los problemas de la humanidad? ¿O, más bien, dice relación con la esperanza cristiana? Pero ¿por qué la disyuntiva? ¿Es que acaso la esperanza cristiana no es lo mismo que una expectativa de futuro? ¡No, no y no! No hay nada más distante de la esperanza cristiana que las expectativas de futuro, ni nada más destructivo de la primera que su reemplazo por las segundas.

En el lenguaje de la política, el «futuro» ocupa un lugar central: todos los discursos, ideologías y programas lo señalan como aquel punto al que hay que llegar para alcanzar, por fin, el bienestar, la paz, el orden, la riqueza, la igualdad o lo que sea que aparezca como el bien supremo en el diseño que cada uno hace de ese futuro que presentan como promesa y profecía. De este modo, la vida social se construye siempre en torno a unas expectativas de lo que ha de suceder.

Esta *futurización* de la política ha alcanzado, en nuestros días, unas dimensiones casi ridículas: ejemplo de ello son tantas afirmaciones que, a fuerza de repetirlas, parecen ya lugares comunes, pero que deberían hacernos soltar una carcajada: «Hay que pensar en una Constitución para el Chile de los próximos 50 años», «debemos planificar una economía al servicio de las generaciones que vendrán», «hay que proyectar la universidad de los próximos 100 años» (y aquí, *universidad* se puede reemplazar por cualquier otra institución civil). La sola consideración del fenómeno de la intensísima y progresiva aceleración de la historia, de la cual hemos sido testigos privilegiados quienes hemos vivido en el último siglo, debería ser suficiente para reconocer el absurdo de aquellas fórmulas: ¿Una Constitución para cincuenta años? ¿Qué sabemos de lo que será Chile en 50, 40, 30 o siquiera 20 años más? ¿Pensar en las próximas generaciones? ¿Es que nadie ha aprendido de la experiencia de hoy, en que son las nuevas generaciones las que todo lo derriban, porque no quieren identificarse en nada con las anteriores?

Pero una futurización como esta esconde algo más oscuro que el mero ridículo: con ella olvidamos que nuestro único criterio al decidir sobre leyes, políticas, instituciones, etc., debería ser lo que es justo, bueno y prudente, «aquí y ahora». Por supuesto que la prudencia exige providencia, y que hay que mirar los efectos temporales de nuestras acciones; pero eso no tiene nada que ver con expectativas de un futuro abstracto. ¿Quieres una Constitución duradera? (porque reconoces un bien

—¡presente!— en la estabilidad del orden jurídico humano). Entonces, haz una Constitución justa. Justa para los ciudadanos de hoy, esos con los que te topas en la calle y las plazas, no para fantasmas del futuro. Perdurará, esta ley y cualquier otra, lo que dure la adhesión social a la justicia a la que sirve.

Pero este lenguaje es no solo absurdo e injusto, sino que dramáticamente alienador y deshumanizante, porque no tiene en cuenta un aspecto elemental y básico de la vida humana: las personas (como recordaba insistentemente Iván Illich) no tienen futuro, sino esperanza (el futuro pertenece solo a las instituciones impersonales). Nuestra única expectativa cierta es la muerte. Reemplazar la esperanza por las expectativas en un futuro mejor es privar a las personas de lo único que puede dar sentido a sus vidas.

Me viene a la memoria una polémica que sostuvieron por el diario, hace más de 20 años, el alcalde de una envejecida comuna metropolitana y uno de sus administrados. El motivo de la disputa fueron unas obras de gran magnitud —para la remodelación de calles y la construcción de estacionamientos públicos— que tuvieron a la comuna «patas para arriba» por un período de varios años. Ante las críticas recibidas, el alcalde se defendió con el argumento de que había que soportar las dificultades del presente por el bien del futuro de la comuna, y que estas obras la iban a transformar para los próximos 50 años. El indignado vecino le respondió que habría sido bueno considerar que la comuna estaba habitada, predominantemente, por adultos mayores como él, que estarían muertos antes de poder ver ese luminoso futuro. Lo cierto es que el vecino en cuestión no hacía más que expresar su sentido común, recordando una verdad como un puño. Entiéndaseme bien: no quiero decir que no se puedan realizar obras molestas de cara a bienes futuros. Lo que esta anécdota muestra es el absurdo de poner la expectativa de un futuro abstracto, con bienes abstractos para sujetos abstractos (¿qué es el bien futuro de la comuna, del país, de

Pero las personas no tienen futuro... así que hacer del futuro el objeto de nuestros esfuerzos y desvelos es olvidarnos del bien de las personas, que es presente.

Y, para los cristianos que entienden su misión temporal, ocuparse verdaderamente del bien presente de las personas debe estar orientado por el propósito de que en sus vidas haya espacio para la esperanza que transforma y da sentido a la vida.

la universidad?), en el lugar del bien presente y concreto de las personas y las comunidades. Y si una dimensión esencial de ese bien presente es la esperanza (aun aquella puramente natural, cuyo objeto es una vida más plena), su reemplazo por las expectativas de un bienestar futuro no hace más que enajenar a individuos y colectivos, que viven fuera de sí, en ese futuro que les han prometido (y que, por supuesto, nunca llegan a poseer).

Esto es especialmente deformante en el caso de los cristianos, porque, en ellos, las expectativas de futuro no solo destruyen la consideración proporcionada del bien presente, sino que, mucho peor, reemplazan la esperanza sobrenatural. La esperanza cristiana —a diferencia de cualquier expectativa—, aunque se nutre del anuncio profético de un acontecimiento que ya está en marcha —pero que aún no se halla completo—, no nos saca del propio tiempo, sino que lo transforma para hacerlo «tiempo de espera» de aquella consumación de un bien prometido, no plenamente alcanzado, pero ya operante en el presente, y que transforma y da sentido a la vida cotidiana. Es la esperanza de alcanzar misericordia, de gozar de las bienaventuranzas y de ver la instauración definitiva del Reino de Cristo (que consume y posibilita la misericordia y las bienaventuranzas). Nada hay más destructivo de la auténtica vida cristiana que abandonar esta esperanza, o mundanizarla, para reemplazarla por expectativas de futuro. Quizás el lector esté pensando en ciertas experiencias contemporáneas en que este reemplazo se hace muy explícito, como en la identificación del anuncio evangélico con la utopía marxista. Pero lo cierto es que el fenómeno es anterior y más profundo y extendido. Lo cual me retrotrae a otra anécdota, esta vez personal:

En alguna ocasión, conversando con un importante prelado (para nada simpatizante de la teología de la liberación, sino más bien situado en la vereda opuesta de los posicionamientos políticos clericales) sobre ciertas graves dificultades contingentes de una notoria institución católica, me dijo, como para cerrar la conversación:

—«Pero Ud., Felipe, no pierda la esperanza, ¿eh?». A lo cual yo le contesté:

—«Por supuesto que no, cada día se hace más intensa la esperanza en que vuelva pronto». Él, genuinamente extrañado por mi respuesta, me replicó con sencilla honestidad y haciendo un gesto como de haberse perdido una parte de nuestra conversación:

—«¿Que vuelva quién?». Y yo, descolocado por lo que me parecía una obviedad, le dije:

—«Nuestro Señor, pues... ¿no esperamos que vuelva el Señor en gloria y majestad?». Y entonces vino el momento más sorprendente e inesperado de esta breve conversación. El prelado, preso de una súbita alteración, me espetó, subiendo sensiblemente el tono de voz:

—«¡NO, NO! ¡Cómo puede andar diciendo estas cosas! ¡Eso es una herejía!». Sin salir de mi asombro, respondí:

—«¿Una herejía?! Pero... ¿no es acaso esto lo que pedimos cada vez que, al rezar el Padrenuestro, decimos *Venga a nosotros tu Reino*? ¿No es este el sentido de aquel reclamo que hacemos al Señor en la santa misa cuando, ya presente eucarísticamente, le decimos: *Ven, Señor Jesús*? ¿No es este un aspecto esencial de la esperanza de la Iglesia?». Ahora fue él quien se vio un poco descolocado, y cerró el asunto con un retroceso parcial y oblicuo:

—«Ya, pero para eso falta mucho... No hay que andar anunciando el apocalipsis. ¿Que no ve que todavía tenemos mucho que hacer? La Iglesia todavía no ha terminado su tarea. ¡Si ni siquiera se ha anunciado el Evangelio a todos los pueblos! Ni se han convertido los judíos... y ni pinta tiene de que se vayan a convertir... Y eso tiene que pasar antes de la Parusía, ¿o no? Así que olvídense de estas ideas, que son errores y nos distraen de nuestros deberes y del mucho trabajo que tenemos por delante».

A estas alturas, me había quedado helado de estupor, y no encontré palabras para seguir la conversación. Aunque este retroceso concedía, al menos, que es parte de nuestra fe que el Señor volverá al final de los tiempos, lo cierto es que situaba este

acontecimiento como algo completamente ajeno a nuestra esperanza concreta. Parece que no es más que un hecho futuro (y muy, muy lejano, como los países de los cuentos de hadas) que de ningún modo nos interpela en el presente. Ahora —parecía decir— toca otra cosa. Este es nuestro tiempo: el tiempo de trabajar y edificar en este mundo. Con grandes esfuerzos. Con voluntad firme. Y, sobre todo, con mucho optimismo. Un optimismo que se alimenta de expectativas sensatas y con los pies en la tierra: esto es lo que podemos hacer (montar una buena catequesis, construir escuelas, dar seguridad y auxilio a las familias cristianas, usar de los medios de comunicación para las buenas causas, promover misiones y voluntariados juveniles, incentivar a los nuestros a entrar en la política, fundar ONGs provida, profamilia, pro justicia social, pro libertad religiosa, pro...), así que vamos a empeñarnos en ello y en cosechar los frutos de nuestro trabajo. De este modo construimos un futuro mejor para la Iglesia y para la humanidad. Salvamos almas y, de paso, nos ganamos el cielo.

Pero, claro, ¿qué sentido puede tener soñar con un futuro mejor si, en cualquier momento, viene el Señor y lo trastoca todo? ¿Cómo íbamos a trabajar por ello si, en el fondo, nuestras expectativas de futuro son terriblemente inciertas? Quizá habría que modificar la liturgia: «¡Ven, Señor Jesús! Pero no todavía, por favor, que tenemos mucho que hacer y, la verdad, no nos ha ido nada mal desde que ascendiste al cielo...». Espero que se me perdone esta mala broma, pero es que intento tragar con un poco de humor lo que me parece una terrible y enorme deformidad de nuestra autocomprensión como cristianos inmersos en la historia.

Giorgio Agamben, no obstante ser un filósofo posmoderno y no cristiano, advierte con claridad algo que muchos creyentes han perdido de vista: comentando la carta de san Pablo a los romanos, señala que es imposible entenderla sin tener en cuenta un elemento identificador esencial de aquellos a quienes va dirigida (y de todos los primeros cristianos), que es el hecho de que vivían

con la mirada puesta en el cielo, en ese lugar por el que el Señor había desaparecido de la vista de sus discípulos, el día de la ascensión. Y miraban permanentemente allí, porque esperaban su retorno: así como se fue, así había de volver, y la vida del cristiano consistía en la espera del cumplimiento de esa promesa. No se trataba (ni se trata), evidentemente, de vivir en esa otra expectativa —quizá aún más enfermiza que las expectativas de la política moderna— de la consumación de los anuncios del apocalipsis reducidos a una serie de eventos futuros espectaculares, que causan malsana curiosidad y frenética excitación (patología desgraciadamente frecuente entre los cristianos de hoy, que confunden el libro profético de san Juan con las adivinaciones de Nostradamus), y que frecuentemente va asociado a una suerte de revanchismo infantil (y profundamente anticristiano): «¡Cómo nos vamos a reír de todos estos miserables herejes y blasfemos (enemigos nuestros, que esto es lo que importa) el día del juicio!, ¡por fin van a recibir su merecido, cuando todo esto se venga abajo!» Se trataba (y se trata), más bien, de una espera gozosa que da sentido a la vida y convierte el corazón, por la confianza cierta en la consumación del Reino prometido.

Pero el retorno del Señor no se produjo tan pronto como algunos creían (no en vano nos había advertido el propio Señor que «nadie sabe el día ni la hora, ni los mismos ángeles, sino solo el Padre», Mt 24, 36), y ocurrió que muchos cristianos comenzaron a bajar la cabeza y a poner su mirada en las cosas de este mundo. Casi siempre con gran rectitud y sentido espiritual: se trataba de ser fieles al Evangelio, y cuidar los bienes que de él proceden; había que garantizar su continuidad, su eficacia, su influencia social, nuestra propia fidelidad para con él; para ello generamos instituciones y normas, multiplicamos las iniciativas y organizaciones de todo orden y calado, tanto en lo religioso como en lo civil. Nada, en apariencia, reprochable. Salvo, claro está, que en algún momento tuviésemos entre las manos una realidad temporal de tal

magnitud e importancia que ya no dejara ver su contingencia, porque entonces el fin de nuestros desvelos y esfuerzos sería garantizar la pervivencia de esta obra de nuestras manos, dejarla firme y asentada para las generaciones venideras, construir edificios e instituciones que puedan durar mil años... En otras palabras, al bajar la vista y adoptar una mirada horizontal, el horizonte ya no es Cristo que vuelve, sino el futuro de la Iglesia, el futuro de la fe, el futuro de la humanidad, el futuro de los países, el futuro...

Pero las personas no tienen futuro... así que hacer del futuro el objeto de nuestros esfuerzos y desvelos es olvidarnos del bien de las personas, que es presente. Y, para los cristianos que entienden su misión temporal, ocuparse verdaderamente del bien presente de las personas debe estar orientado por el propósito de que en sus vidas haya espacio para la esperanza que transforma y da sentido a la vida.

A la vida presente, entonces, no a esa extraña enajenación que consiste en vivir fuera del tiempo propio, bajo el yugo de las expectativas de un futuro que no existe. Ese yugo es insoportable y nos impide cargar con este otro, suave, que nos abre las puertas del cielo:

Haga el Señor, venerables hermanos, que todos cuantos se hallan fuera de su Reino deseen y reciban el suave yugo de Cristo; que todos cuantos por su misericordia somos ya sus súbditos e hijos llevemos este yugo no de mala gana, sino con gusto, con amor y santidad, y que nuestra vida, conformada siempre a las leyes del reino divino, sea rica en hermosos y abundantes frutos; para que, siendo considerados por Cristo como siervos buenos y fieles, lleguemos a ser con Él participantes del reino celestial, de su eterna felicidad y gloria (Pío XI, *Quas primas* n° 35).[®]

Felipe Widow Lira

17 de diciembre de 2021, en la memoria del santo profeta Daniel, cuyo anuncio alimenta nuestra esperanza en la pronta venida del Señor.